

# Causas perdidas\*

Carlos Monsiváis

El tema no es sólo fascinante: le es esencial a la sociedad y a la nación que, con las excepciones de la generación de la reforma liberal y don Benito Juárez y el periodo del general Lázaro Cárdenas, ha visto volatilizarse o calcinarse las utopías, las movilizaciones que asumen propiedades de apropiación de la voluntad colectiva y de hazañas: las trayectorias de un número notable de los y las mejores, mientras los movimientos sociales y políticos se disuelven en las frustraciones o dan lugar a la metamorfosis de un liderazgo que en el camino prescindiera de sus razones formativas.

“Ya somos todo aquello contra lo que luchábamos hace 20 años”, escribió, famosamente, José Emilio Pacheco, y cabría agregar: ¡tiembla, burguesía!, ya nada más te quedan tres siglos de vida...

¡Ah!, el desfile de sombras de las demandas irrefutables de los dirigentes, que vienen de una experiencia profunda o se forjan sobre la marcha, de los militantes que esconden sus recuerdos para que al menos a ellos –a los recuerdos– no los desvanezcan el olvido, el martirologio, la amargura, las lecciones de arribismo.

Advierto la necesidad de puntualizar: las derrotas, en las que nuestra historia abunda, no son el sinónimo de las causas perdidas; son el resultado histórico y cotidiano de la desigualdad de fuerzas, del dominio que por largos periodos también es hegemonía de la clase gobernante, de la compra periódica de los que hacen las veces de líderes o de ideólogos de la resistencia. Las causas perdidas comparten numerosos rasgos de los movimientos derrotados pero vienen de más lejos: de la elección ética con resonancias estéticas, de adherirse a reivindicaciones y reclamaciones destinadas al fracaso inmediato, pero válidas en sí mismas y capaces de infundir ese momento de dignidad pese a todo que expresa admirablemente el gran poema de Cavafis *Che fece... Il gran rifiuto*:

Para algunos el día llega  
en que tienen que dar el gran sí o el gran no.  
Quien tiene el sí dispuesto

\* El 8 de mayo de 2009, Carlos Monsiváis se presentó en la Universidad de la Ciudad de México, plantel Del Valle, para recibir un doctorado *honoris causa*. Fue el propio Monsiváis quien solicitó que a tal distinción se le diera el nombre de doctorado “*honoris causas perdidas*”. Gracias a los trabajadores de la Universidad de la Ciudad de México tuvimos acceso a la grabación del evento, de donde se extrajo esta versión impresa. Agradecemos también a los familiares de Carlos Monsiváis, particularmente a su prima Beatriz Sánchez y su tía María Monsiváis, quienes nos autorizaron la publicación del discurso que se expone aquí.

de antemano sobresale de inmediato y al decirlo penetra en el glorioso camino del honor y del aprecio que se profesa a sí mismo.

El que rehúsa nunca se arrepiente,  
si de nuevo le preguntan repetirá no  
y sin embargo ese no, ese no tan justo,  
lo aplastará el resto de su vida.

Las derrotas no se eligen, y nadie, por ejemplo, participa en un movimiento con la ilusión perfecta. Ahora viene el instante en que nos hacen un fraude electoral y resplandecemos en el interior de nuestra convicción destruida. Lo que explica la especie causas perdidas es la certeza del valor inmanente de las exigencias de justicia y de las batallas para alcanzarlo. La primera gran victoria se alcanza sobre el



pesimismo que da noticia de la enormidad de los obstáculos y del final lamentable de quienes han intentado desafiar a los vencedores de siempre.

La primera gran victoria ocurre cuando se hace a un lado el criterio de éxito rápido y perdurable, cuando no se enarbola la ansiedad del encumbramiento. Y pienso ahora en los militantes de base al tanto de que la victoria no los incluiría, de que muy probablemente se les dejaría como al principio. En los soldados maderistas, zapatistas, villistas... que examinan su única medalla en la noche. En los campesinos que defendían sus tierras, en los sindicalistas y en los agraristas que atravesaron por los espacios de los encarcelamientos, las torturas, las desapariciones y en muchos casos de los asesinatos. Y los sobrevivientes persistieron porque la noción de cumplir con el deber era la recompensa suficiente. Causa perdida es aquélla de la que nunca se esperan las ventajas.

Me detengo para matizar el énfasis de mis palabras. No enumero ni intento describir una procesión de mártires voluntarios –existen en este panorama, pero nunca son los más–, sino a los convencidos de que las injusticias cometidas contra ellos y sus ancestros, y de seguro sus descendientes, deben concluir porque eso lo exige la síntesis de los derechos humanos que es la sensación dual de libertad y dignidad. Palabras, meras palabras. Se comentará desde el cinismo y el autismo moral contemporáneo donde, por ejemplo, el empresario Lorenzo Servitje se permite decir que la desigualdad le es consubstancial al género humano y donde se insulta a las masas que marchan porque, alegan, su estupidez y la abyección nutre el cuento de los demagogos que aseguran que a los pobres se les explota: “Dense cuenta de que lo mejor que les puede pasar es que los exploten, porque así en algún nivel se les toma en cuenta. Que no los lleven al desempleo los que se aprovechan de que ustedes no tienen trabajo”.

Pero la libertad y la dignidad abandonan el nicho de las abstracciones cuando, digamos, el presidente Francisco I. Madero le dice al general Aureliano Blanquet, que lo detiene: “Es usted un traidor”.

Cuando, en 1919, el organizador anarquista Herón Proal, en Veracruz, organiza una huelga inquilinaria y, de modo paralelo, promueve una huelga de prostitutas o, como se le llama entonces, una “huelga de colchones caídos”, y Proal, el perseguido, el calumniado, termina sus días dignamente como velador de una fábrica.

Cuando Othón Salazar, el dirigente del Movimiento Revolucionario del Magisterio, y las profesoras y profesores que lo acompañan, se arriesgan al despido y la represión pero no transigen en sus demandas y son golpeados y muy injuriados en los medios informativos, pero ahí siguen en su guardia de escuelas y normales.

Cuando la dirigencia del sindicato ferrocarrilero, encabezado por Demetrio Vallejo y afianzado por el inquebrantable Valentín Campa, persiste, en 1959, en la huelga por demandar la independencia sindical del aparato de la CTM y el presidente Adolfo López Mateos, y luego el presidente Gustavo Díaz Ordaz les dedican 11 años y medio de prisión sin documento alguno que pruebe actos subversivos –o lo que llaman entonces delito de disolución social– y ellos no ceden en ninguna sola de sus expresiones doctrinarias y de exigencias de libertad. Una anécdota: a Vallejo, en un momento de la huelga, se le invita a conversar con López Mateos en la residencia de Los Pinos. Acepta con una sola condición: “Que se me permita llevar una grabadora para

que los ferrocarrileros sepan que nunca hablo a sus espaldas". No hay entrevista y a las tres semanas Vallejo ya está en la cárcel.

Cuando las sufragistas y las comunistas de las primeras décadas del siglo xx se ven sometidas al círculo de burlas, despidos, pleitos familiares, prisiones, casi siempre breves, porque ¿quién toma en serio políticamente a las mujeres? Y sin embargo no se arredran porque su causa es su vida en el sentido más preciso. Anímicamente se desenvuelven en la realidad de las demandas recias y en el temperamento de quienes se exaltan como un juramento de continuidad.

En el caso de los defensores y las defensoras de las causas perdidas, ellos necesitan, para no enloquecer, de una dosis de renuncia a la razón prevaleciente: enloquecen para no perder la razón.

Cuando los protestantes o evangélicos se obstinan en sus prédicas y en sus signos y en su afán de construir templos en poblaciones hostiles a sabiendas de lo que les aguarda: pedrizas cotidianas a sus sitios de culto, alborotos del humor –radicado en un solo chiste sobre “los aleluyas”–, destrucción de los templos, expulsiones de las comunidades indígenas, torturas, asesinatos de los pastores a machetazos o con descargas de rifle. Este caso, si se quiere más exactitud, no es propiamente el de una causa perdida, porque los creyentes están seguros de que ganarán el cielo y por eso mantienen a toda costa la actitud pacifista. El cielo, lo supieron también los campesinos de la derecha clerical, es en toda ocasión una causa ganada.

Cuando los últimos zapatistas insisten en sus reclamos de tierra y en sus exigencias de castigo a los asesinos de sus dirigentes. Y ahí está el caso del dirigente morelense Rubén Jaramillo, que se insurrecciona una y otra vez y, cuando depone las armas y confía y visita en Los Pinos a López Mateos, lo hace por vez última. Unas semanas después lo fusilan con su mujer Epifanía, embarazada, y sus tres hijos.

Cuando, a partir de la revuelta de unos travestis que enfrentan una razia en el bar Stonewall de Nueva York, y con piedras y bailes de un *can-can* delirante dedicado a los policías, se inicia el movimiento de liberación gay y también se inicia la conciencia de los derechos gay ylésbicos y luego transexuales y todo se desencadena entre nosotros.

En 1971, un empleado es despedido por sus hábitos sexuales. Se inconforma y demanda y gana el pleito y al año siguiente tres jóvenes detenidos en cines por sus hábitos peripatéticos se reúnen y demandan a la jefatura de policía de la ciudad de México y entregan su nombre a los periódicos.

Cuando la directora de teatro Nancy Cárdenas asiste a las sesiones del año internacional de la mujer, en el Centro Médico, un año naturalmente presidido por el secretario de Gobernación Mario Moya Palencia, y participa en una mesa redonda sobre lesbianismo –que a duras penas se efectúa por unos cuantos minutos porque se va la luz– y a la salida, en la explanada del Centro Médico, Nancy se encuentra con un grupo de cerca cien locatarias de los mercados, azuzadas por el jefe de una delegación que, al verla, levantan mantas y pancartas: “¡Fuera Nancy Cárdenas de México! ¡Fuera tortilleras de la vía pública! ¡México es un país donde sólo caben hembras y machos!” Sin embargo, visiblemente y, espero que no, a lo mejor sin inmutarse, Nancy se dirige a ellas más o menos con estas palabras: “A ver, mis chulas, ¿por qué me dicen esas cosas? ¿Yo les hice algo, mis chulas? ¿Qué saben ustedes del lesbianismo? ¿Y cómo las tratan a ustedes en los



mercados? A ver, díganme del delegado, ¿las explotan?, ¿les piden más dinero?” Inconcebiblemente, las señoras se van quietando y luego la mayoría se arrebató la palabra para contarle a Nancy sus broncas con los inspectores del dinero que les quitan. Y Nancy concluye: “¿Ven? ¡Ven cómo hablando nos entendemos las mujeres!”

Cuando, en 1968, un amigo de juventud, ya en el PRI, visita al escritor José Revueltas para ofrecerle la salida de México, que le otorga el presidente Gustavo Díaz Ordaz, Pepe, según me contó ese ex radical, lo oye con paciencia y responde: “No me quiero ir de aquí hasta ver como termina este movimiento estudiantil y, si se alarga, negocio con Dios que me dé un tiempo extra y se lo pago con rezos en el más allá”. La tercera vez que lo busca su amigo, Revueltas le dice: “Creo que nunca me has conocido bien. Te suplico que ya no insistas y ya no vuelvas. Yo no me fijo en mí, ni siquiera en mis malos textos”.

Cuando, en 1968, Martín Dosal, un profesor normalista, detenido por el solo hecho subversivo de hallarse en Ciudad Universitaria el 18 de septiembre, recibe el auto de formal prisión y en voz muy alta –reproduzco el sentido de sus palabras– comenta: “¿Qué es esto? ¡Son papeles de la burguesía! Expresiones de su canallez y de su estulticia. ¿Qué se puede hacer con ellos? A ver, ¡díganme!” Y de inmediato rompe el documento y va arrojando los pedazos. “¡Son confeti de la burguesía! ¡Confeti de su cinismo y de su corrupción! ¡A ver, a ver... aquí está el confeti!” Es el mismo Martín Dosal que en 1975, el día del entierro de Pepe Revueltas, le grita al secretario de Educación Pública, que quiere hablar a nombre del presidente Luis Echeverría: “¿Que no entiende, señor, que no queremos oírlo? ¿Qué no lo entiende? ¡Lárguese!”

Al día siguiente lo cesan de su empleo de profesor de primaria.

### Intermedio a cargo del culto a la historia

El poeta inglés W. H. Auden recapitula sobre la España de 1937:

Los pobres, en sus frías moradas,  
dejan caer las páginas del periódico vespertino.  
Nuestra jornada es nuestra pérdida.  
¡Oh! Haz visible la historia:  
El operario, el que organiza,  
enséñanos el tiempo,  
el río alentador.

Auden insiste –¿o es un pacto suicida a la agonía romántica?– y al final del poema se entrega a la desolación:

Las estrellas han muerto,  
los animales ya no miran.

Aquí estamos con nuestro día a solas  
y el tiempo es breve  
y la historia, a los vencidos,  
puede ofrecer su compasión  
pero no ayuda ni puede otorgar el perdón.

Auden se arrepintió de estos versos, de seguro los más analizados en pro o en contra de todos los emitidos sobre las crueldades de la historia. En parte, y con razón desoladora, Auden se acerca a la verdad porque hay algo supremamente

engañoso en las reivindicaciones póstumas: no incluyen la parte final de la vida de los vencidos o los sacrificados. La soledad de Hidalgo o de Morelos, la sorpresa de Vicente Guerrero ante la traición, las últimas horas de Madero y Pino Suárez, las reacciones de Zapata en Chinameca, en parte. Pero la historia también vuelve vencedores a los vencidos y lo hace a mediano o largo plazo, como vemos este año con el auge del reconocimiento del movimiento estudiantil del 68 y su dirigencia, dentro de la escasísima democracia de que hoy se dispone y que en lo fundamental tanto le debe a la izquierda. Y en esto Auden no acierta, porque la historia no consiste en venganzas sino en rectificaciones a partir de la verdad, la armonía profética o la tumba siempre inquieta. Una fuerza siempre trasciende la amargura de los vencidos y el cretinismo moral de los vencedores. El vigor de la circulación de las ideas destruye las pretensiones de la inmovilidad y de la inercia y de la resignación que arrasan o quieren arrasar con las urgencias morales del cambio. Esto también lo señala Auden:



Son tantos los que tratan de decir ahora no  
y tantos los que han olvidado cómo decir Yo soy  
y tantos quienes, si de ellos dependiera,  
estarían perdidos en la historia.

He aquí un obstáculo mayor a las causas perdidas: el culto a la historia, la idea que atraviesa indemne el siglo XIX y que concibe la entidad única, la historia, un juicio final con expedientes, detalles y sentencias categóricas. Este dictador o esta corporación maligna o este funcionario corrupto o estos asesinos y torturadores atentaron contra los derechos de la gente y merecen el desprecio activo del porvenir y, ahora que ya está al tanto, también del pasado.

El culto a la historia ha sido el distractor inmenso del examen crítico y autocrítico, es el anacronismo que de varias maneras evita confrontar al adversario, al enemigo obsesivo de las causas perdidas. Hablo, desde luego, del poder ejecutivo y del poder legislativo, pero me centro en el poder judicial y de administración de la justicia. Esos instrumentos de la clase



gobernante que crean las bases de la impunidad, las decoran con formalidades abstrusas o ni siquiera eso. En 1968 el expediente de los presos políticos, cerca de cien, se basa en las declaraciones de dos policías que ven desde lejos los mítines. El poder judicial y de administración de la justicia, que hace las veces de la ley y, cuando la ocasión lo amerita, se presentan como el Estado de derecho, con todo y el ballet folclórico.

La justicia no está ciega, se ha resguardado en una caja fuerte y se perdió la combinación. ¡Ah!, el Estado de derecho. ¡Ah!, el poder judicial. ¡Ah!, la Suprema Corte de Justicia. ¡Ah!, la administración de la justicia. Si uno requiere de ejemplos, ahí están en profusión los ejidatarios despojados y diezmados durante el régimen de Miguel Alemán, los líderes obreros asesinados por aspirar a la insurgencia sindical, el derecho de pernada en los sitios de poder –sindicatos incluidos–, las huelgas declaradas ilegales con presteza –esto antes de que las huelgas se usen para, digamos, destruir instituciones educativas–, las burlas en las agencias del ministerio público a las escasas mujeres que se atrevían a denunciar una violación, la indiferencia ante las denuncias de actos de vandalismo de los potentados, la justicia tarifada, la absolución de los poderosos de antemano, la indiferencia de las autoridades ante los crímenes de odio por homofobia –“fue un crimen pasional cualquiera, porque si no el asesino no se mancha las manos”–, las operaciones –por así decirlo “jurídicas”– del racismo –de las cuales Chiapas y Oaxaca son las demostraciones más extremas–, las que justifican el alegato del EZLN: “¿De qué tenemos que pedir perdón?” Los fraudes de distintos tamaños unificables y bendecidos por las resoluciones, al parecer legales, en todos los niveles.

Si la política resguarda la concentración de los beneficios en unos cuantos empresarios, y si la economía administra las recompensas a las acciones privatizadoras de la política, el poder legislativo y el poder judicial, en su inexistencia y desde su inexistencia, son las claves del determinismo en la vida nacional. ¿Para qué interesarse en la política si ya se sabe quién va a ganar? ¿Para qué protestar por un fraude si ya está redactado el laudo que favorece a los latifundistas o a los latifundistas urbanos o a los prestanombres o a los talabosques? Y si ya se dejan ver las centenas de miles de rayos que en un solo sentido arraigan la lógica del determinismo: si quieres ganarle al poder, tómallo primero. Si quieres ser muy rico... recuerda que debes nacer en una familia muy rica. Si quieres que fallen a tu favor en los tribunales, ten hijos de más para que los magistrados sean tus compadres.

El determinismo, el creer que las acciones de resistencia son inútiles porque lo que hace las veces de justicia es el

santuario de la inmovilidad. El impedimento más notable de la nación en materia de voluntad y representaciones. A la zaga del determinismo acuden la despolitización, el abstencionismo, la desesperanza, la desesperación, el oportunismo como estrategia de acomodo operacional: si te pones del lado de los vencedores no serás de los primeros derrotados. El ausentismo moral: ¡y a mí qué con sus pinches movilizaciones! ¿Quiénes me apoyaron cuando me quitaron la casa por la hipoteca? El regocijo de ver el fracaso de los semejantes. Y uno de los méritos firmísimos de los adeptos a las causas perdidas es su mera insistencia que despoja al determinismo de su arma principal: la multiplicación del desánimo y la incitación a la dejadez.

### El Santo contra las moscas de Babilonia

Aunque todo está dicho, hay que decirlo de nuevo. Y eso no es un recurso mnemotécnico. Sucede que al examinarse los hechos y las situaciones, lo que parece definitivo es el rigor primero y último de los actos y las personas que conjuntan libertad y dignidad. Pienso en los héroes y las heroínas reconocidos, en los seres anónimos que integran comunidades y plantones y grupos ecologistas y grupos antisida y vanguardias de las etnias y colectivos feministas y publicaciones de toda índole (de lo que antes se llamó contracultura y que valdría más reconocerla como resistencia cultural). Y todos los que mantienen la racionalidad de la República, con razón, que consiste –¡oh, André Gide!– en desconfiar del impulso adquirido. En saber que ¡ni modo, mano! La desilusión y el desengaño existen poderosamente, pero también la democracia que ejerce va cristalizando en la discusión en la resistencia y el tuteo mental es irreversible con los poderosos: ¿pero qué te crees? ¿A quién convences? ¿A quién engañas? ¿No te das cuenta de lo más obvio? Lo más ridículo es llamar ridículas a las zonas ingobernables de la crítica, la malicia, la movilización.

¿Qué decir ahora de las causas perdidas? Que varias de ellas avanzan algo o bastante. Incluso la de más difícil registro: la de los derechos de los animales. Que, en cambio, en el terreno cultural, a la derecha sólo la integran los fracasos sucesivos. Que se ha creado ya el ámbito de resonancia de las causas pérdidas, aún muy insuficiente pero que no admite la indiferencia o la provocación descuidada como las únicas respuestas a la operación múltiple de quebranto y de disolución.

Si la izquierda partidaria, que fue el primer espacio natural de la disidencia, no asimila lo que ocurre, suya será la responsabilidad y el pasmo. Si, como sería de esperar, este

tiempo es el de la visibilidad oportuna y necesaria de las causas perdidas, no todo se verá aplastado por el neoliberalismo y la derecha, tan neonata en materia de ideas y tan fértil en materia de corrupción y represión.

Debo concluir y recurro a 1936, ese gran poema de ética y estética de Luis Cernuda:

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros,  
cuando asqueados de la bajeza humana,  
cuando iracundos de la dureza humana:  
Este hombre solo, este acto solo, esta fe sola.  
Recuérdalo tú y recuérdalo a otros.  
En 1961 y en ciudad extraña,  
más de un cuarto de siglo  
después. Trivial la circunstancia,  
forzado tú a pública lectura,  
por ella con aquel hombre conversaste:  
Un antiguo soldado  
en la Brigada Lincoln.  
Veinticinco años hace, este hombre,  
sin conocer tu tierra, para él lejana  
y extraña toda, escogió ir a ella  
y en ella, si la ocasión llegaba, decidió apostar su vida,  
juzgando que la causa allá puesta al tablero  
entonces, digna era  
de luchar por la fe que su vida llenaba.

Que aquella causa aparezca perdida,  
nada importa;  
Que tantos otros, pretendiendo fe en ella  
sólo atendieran a ellos mismos,  
importa menos.  
Lo que importa y nos basta es la fe de uno.  
Por eso otra vez hoy la causa te aparece  
como en aquellos días:  
noble y tan digna de luchar por ella.  
Y su fe, la fe aquella, él la ha mantenido  
a través de los años, la derrota,  
cuando todo parece traicionarla.  
Mas esa fe, te dices, es lo que sólo importa.  
Gracias, compañero, gracias  
por el ejemplo. Gracias porque me dices  
que el hombre es noble.  
Nada importa que tan pocos lo sean:  
Uno, uno tan sólo basta  
como testigo irrefutable  
de toda la nobleza humana.